

OSMAR GONZALES ALVARADO

*Señales sin respuesta. Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú 1968-1989*

2da. edición. Lima: Punto Cardinal Editores, 2024. 314 pp.

Sección RESEÑAS

RECIBIDO: 02/05/2024

APROBADO: 15/08/2024

PUBLICADO ONLINE: 20/11/2024

## El discreto encanto de los intelectuales “Zorros”

*Señales sin respuesta. Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú 1968-1989* de Osmar Gonzales Alvarado se enfoca en un grupo de intelectuales de izquierda que comparten rasgos sociales y culturales específicos: son de origen provinciano, con formación cristiana y provienen de una clase media que migró a la capital. Estos intelectuales pertenecen a la “generación del 68”, a la que Gonzales prefiere denominar como “postoligárquica”. Esta denominación no es trivial, pues sugiere una ruptura profunda con el viejo orden oligárquico que prevaleció en el Perú antes del golpe de estado liderado por el general Juan Velasco Alvarado en 1968. Al calificar esta generación como postoligárquica, el autor subraya que el proyecto político de estos intelectuales surge de un contexto de transformación estructural del país, en el que las antiguas élites pierden su hegemonía y emergen nuevos actores sociales y políticos.

El análisis de Gonzales no se queda en las biografías individuales de estos intelectuales ni en el contexto sociopolítico de las décadas de los setenta y ochenta, sino que realiza un esfuerzo por insertarlos en un marco mayor, el de la evolución histórica de las izquierdas peruanas. Así, el autor explora cómo estos intelectuales, influenciados por un contexto de movilización social y gobierno militar, intentaron construir un discurso alternativo al orden existente. Mediante su análisis, revela los dilemas y tensiones internas que marcaron la relación de estos actores con el poder,

y cómo sus luchas intelectuales no fueron solo una cuestión de ideas, sino también de disputas por el control político en un periodo de inestabilidad y transición.

Lo que resulta significativo es que Gonzales no presenta estas trayectorias vitales como meros ejemplos de la izquierda militante, sino que las enmarca dentro de un proceso mayor: la construcción de una nueva subjetividad política en el seno de las izquierdas. Al trascender el relato biográfico, el autor nos invita a entender a estos intelectuales no solo como figuras activas dentro del contexto específico del gobierno del general Velasco sino también de las luchas de las décadas posteriores. Su obra plantea preguntas sobre la relación entre el intelectual y el poder, el papel de las izquierdas en un proyecto de modernización fallido, y la capacidad de estos actores de reconfigurar su papel en una sociedad en constante transformación.

La relación entre los intelectuales y la política es, sin duda, el núcleo del análisis que realiza el autor. Sin embargo, su enfoque va más allá de la simple conexión entre estos actores y sus contextos de acción. Gonzales los sitúa en una posición ambivalente, al ser simultáneamente militantes de partidos y pensadores críticos dentro de Izquierda Unida, como se recuerda el más importante frente político electoral de las izquierdas, lo que genera una serie de tensiones profundas y difíciles de resolver, que a menudo se manifiestan en pugnas internas. Este doble rol, como militantes comprometidos con un proyecto político electoral y como intelectuales que buscan orientar y dirigir ideológicamente a dicho proyecto, es lo que desencadena estas contradicciones.

Aquí es crucial profundizar en la idea de "intelectuales orgánicos" a la que hace referencia el autor, tomando prestado el concepto de Antonio Gramsci. Los intelectuales orgánicos no solo interpretan la realidad, sino que buscan transformarla activamente. Sin embargo, Gonzales muestra que este intento de los "Zorros" de actuar como intelectuales orgánicos dentro de Izquierda Unida no fue solo un proyecto ideológico, sino también una batalla por el control del poder dentro del propio espacio político. El autor argumenta que los "Zorros", en su rol de intelectuales, se veían obligados a navegar entre dos demandas aparentemente contradictorias: la lealtad a sus partidos y la aspiración de imponer su visión ideológica a la izquierda en su conjunto.

Esta tensión genera un conflicto inevitable: los intelectuales no solo se enfrentan a los adversarios externos, sino también a las luchas internas por el liderazgo, lo que pone en cuestión la viabilidad de su propio proyecto de transformación. Gonzales señala que los "Zorros" no podían prevalecer como intelectuales sin acceder al poder, pero a su vez, ese mismo acceso los colocaba en una posición conflictiva dentro de la estructura de la Izquierda Unida. Esto revela una paradoja fundamental en la

relación entre lo intelectual y lo político: para imponer un proyecto ideológico es necesario controlar las palancas del poder, pero en ese proceso, los intelectuales corren el riesgo de perder su autonomía crítica, uno de los valores fundamentales que, en teoría, deben sostener.

Lo cual nos conlleva a reflexionar sobre la responsabilidad ética que tienen los intelectuales al involucrarse en la política. La búsqueda de un equilibrio entre el compromiso político y la crítica independiente es fundamental para que aquellos puedan seguir siendo catalizadores del cambio, desafiando no solo a sus adversarios externos, sino también a las limitaciones que se imponen a sí mismos al participar en la esfera política.

El análisis del autor invita también a una reflexión más profunda sobre el papel que juegan las pugnas internas en los partidos y movimientos de izquierda, especialmente en contextos donde la unidad es clave para enfrentar a los adversarios políticos. La fragmentación ideológica, agravada por las luchas por el poder, no solo debilita el frente político electoral, sino que también pone en evidencia las limitaciones de un modelo de intelectualidad que aspira a fusionar crítica y militancia, pensamiento y acción. Gonzales sugiere que este dilema es estructural, es decir, inherente a cualquier intento de los intelectuales por intervenir activamente en el ámbito político sin comprometer su función crítica.

El libro también permite complejizar el concepto de lucha política, que en este caso particular no solo se da en el campo de lo ideológico o electoral, sino dentro de la propia estructura intelectual del movimiento. La lucha no es únicamente por la hegemonía externa frente a otros sectores y actores políticos, sino también una lucha por definir qué tipo de izquierda prevalecerá, qué narrativas y visiones del mundo guiarán el proceso, y cómo los intelectuales lograrán mantener su influencia sin ser absorbidos completamente por las dinámicas del poder político. Este análisis plantea, entonces, la relación entre intelectuales y política como un espacio de tensiones múltiples, en el que la batalla por la hegemonía no solo se da frente a un adversario, sino también en el seno del propio proyecto político electoral.

Otro tema central del libro es el análisis de la relación entre las izquierdas y la democracia, un proceso complejo de transformación ideológica. Este tránsito, que abarca desde la experiencia guerrillera del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en 1965, pasando por el gobierno militar de Velasco Alvarado, hasta la confrontación con el Partido Comunista del Perú, más conocido como Sendero Luminoso, describe una evolución que no solo tiene implicancias políticas, sino también profundas repercusiones en la configuración identitaria de la izquierda peruana.

Uno de los puntos más polémicos que plantea Gonzales es la idea de que el velasquismo, más que el senderismo, representa la verdadera conciencia de la izquierda. Esto sugiere que el proyecto reformista del gobierno del general Velasco, con su énfasis en la redistribución de la tierra y la nacionalización de sectores clave de la economía, encarnaba una posibilidad real de transformación que la izquierda no logró capitalizar debido a su postura confrontacional. La afirmación es novedosa y provocadora a la vez porque sugiere que el fracaso de la izquierda radicó en su incapacidad para adaptarse a la oportunidad histórica que representaba el velasquismo en aquel momento.

Aquí se hace evidente una reflexión sobre la naturaleza de las derrotas históricas y la construcción de la memoria política. Para el autor, el velasquismo quedó inscrito en la memoria colectiva de la izquierda como una especie de trauma inconcluso, una "posibilidad no concretada". Este trauma se reactiva en el discurso de Alan García, cuando el líder aprista intentó presentarse como el continuador de ese proyecto transformador. La invitación de García a la izquierda para apoyar su gobierno refleja no solo un cálculo político, sino una reactivación de los fantasmas del pasado. Es decir, García buscaba ocupar un espacio ideológico que, tras el fracaso del velasquismo, la izquierda no había logrado consolidar. El fracaso del primer gobierno de García, según Gonzales, evitó que el APRA, el partido que históricamente había competido con las izquierdas por el liderazgo de un proyecto transformador, capturara ese legado y lo reconfigurara a su favor.

Las afirmaciones de Gonzales abren una serie de preguntas que complejizan el análisis sobre la evolución de las izquierdas en el país. ¿Cómo influyó la experiencia de Velasco en la formación de una izquierda más democrática? ¿De qué manera el radicalismo de Sendero Luminoso condicionó la aceptación final de la democracia o generó ambigüedad frente a ella?

Aquí el "trauma" del velasquismo no debe ser entendido simplemente como una oportunidad política perdida, sino como un punto de inflexión en el que las izquierdas se vieron obligadas a reconfigurarse frente a un escenario que no controlaba y a una sociedad que estaba cambiando rápidamente. El tránsito al socialismo democrático, no es, entonces, una simple adaptación pragmática al contexto político, sino una respuesta a las profundas tensiones internas que las experiencias guerrilleras y autoritarias generaron en el seno de las izquierdas.

Esta reflexión nos lleva a repensar el rol de la democracia en la historia de la izquierda peruana. No se trata solo de que la izquierda "aceptara" la democracia, sino de cómo ese proceso de aceptación estuvo marcado por una serie de confrontaciones, tanto externas como internas, que dieron forma a su proyecto contemporáneo.

Por último, el texto de Gonzales culmina con un capítulo profundamente reflexivo titulado “Reflexiones sobre intelectuales y política”, en el cual se abordan cuestiones que trascienden lo particular de su investigación para plantear interrogantes de mayor alcance sobre la relación entre los intelectuales y la política, y sobre el papel de los intelectuales socialistas en un contexto latinoamericano más amplio.

En sus conclusiones, el autor sugiere que la labor intelectual no puede reducirse a una simple herramienta subordinada a la política. A lo largo de su obra, demuestra que la relación entre lo intelectual y lo político es compleja, atravesada por tensiones, compromisos y, en ocasiones, contradicciones. Los intelectuales, especialmente aquellos vinculados a proyectos políticos de izquierda en el Perú, han desempeñado un rol ambiguo: por un lado, fueron constructores de narrativas y teorías que aspiraban a orientar la acción política; por otro, se vieron atrapados por las dinámicas del poder, perdiendo en muchas ocasiones su capacidad crítica frente a las decisiones políticas. Este es un dilema recurrente que se presenta a lo largo de la historia: ¿cómo puede un intelectual mantener su independencia y, al mismo tiempo, comprometerse activamente con un proyecto político?

Otro aspecto provocativo de las conclusiones de Gonzales es su llamado a una renovación del proyecto socialista en Latinoamérica. En ese proceso, no debemos dejar de advertir acerca de los peligros de un socialismo que sacrifica su esencia humanista en nombre de la eficiencia política o de la lucha por el poder. Esta advertencia no se limita a la historia del Perú, sino que tiene relevancia para toda la región.

La radicalización de amplios sectores de las izquierdas peruanas a fines de los ochenta en el país es solo un ejemplo de un problema más amplio que afecta a muchos movimientos y partidos socialistas en América Latina: la tendencia a subordinar los valores éticos y humanistas a las necesidades inmediatas de la política. Esta subordinación ha llevado a que muchos proyectos socialistas en la región se desvíen de sus objetivos originales, y a que se produzcan episodios de autoritarismo y represión de las disidencias que traicionan los principios de justicia social e igualdad que deberían guiar a las izquierdas.

A lo dicho por Gonzales, la renovación del socialismo en Latinoamérica debe pasar por la recuperación de una reflexión humanista que coloque al ser humano y sus derechos en el centro del proyecto político. Esto no significa abandonar la lucha por el poder, pero sí implica replantear las prioridades y los métodos de esta lucha. La defensa de la autonomía de lo intelectual frente a lo político es un componente esencial de esta renovación, ya que solo a través de la crítica y la reflexión es posible evitar los errores del pasado.

Una de las conclusiones más importantes que ofrece el autor es la necesidad de preservar la autonomía de los intelectuales frente a la política. En este punto, su posición es clara: la autonomía no debe entenderse como una separación absoluta entre lo intelectual y lo político, sino como una garantía de que los intelectuales puedan cumplir con su función crítica sin verse atrapados por las dinámicas del poder. Esta idea es fundamental, no solo para las izquierdas peruanas, sino para cualquier proyecto político que aspire a ser verdaderamente democrático y transformador.

La autonomía de lo intelectual es una condición necesaria para la supervivencia del socialismo como una alternativa viable en el siglo XXI. Sin esta autonomía, los intelectuales corren el riesgo de convertirse en simples instrumentos de poder, perdiendo su capacidad para cuestionar y para ofrecer alternativas cuando las políticas que apoyan se desvían de los principios éticos que deberían guiar a las izquierdas.

La función crítica de los intelectuales es, en última instancia, lo que permite que un proyecto político se mantenga fiel a sus ideales. Sin esta función, la política corre el riesgo de convertirse en un fin en sí misma, perdiendo de vista los objetivos más amplios de justicia social, igualdad y libertad que deberían guiar a cualquier movimiento o partido socialista.

Por último, el texto de Gonzales no busca ofrecer respuestas definitivas, sino más bien abrir un espacio para la reflexión crítica sobre el papel de los intelectuales y el futuro del socialismo en Latinoamérica. En este sentido, su obra es un llamado a la acción, pero no una acción ciega o subordinada, sino una acción guiada por la reflexión y por la ética. Como él mismo concluye, la renovación del socialismo en Latinoamérica deberá pasar por una profunda reconsideración de la relación entre lo intelectual y lo político, y por una defensa renovada de la autonomía de los intelectuales frente al poder.

El futuro del socialismo dependerá en gran medida de la capacidad de los intelectuales para recuperar su papel como críticos y como defensores de los valores humanistas que están en el corazón del proyecto socialista. Esto no significa un alejamiento de la política, sino más bien una reafirmación de que la política debe estar al servicio de la justicia social, y no al revés.

JUAN CARLOS GUERRERO BRAVO  
Investigador independiente  
guerrerobravo@yahoo.com